



LA TAZA DE CAFÉ

Catalina Nahuin

Estaba alimentando a las gallinas en el patio, cuando escuché a mi mamá levantarse de la mesa del comedor, en donde estaba tomando una taza de café, como era habitual. Mi mamá nunca tomaba mate; no es que no le gustara, sino que prefería por lejos el café. A menudo, la gente de campo toma mate, pero mi mamá era distinta en ese aspecto.

Mi madre se levantó para abrir la puerta. Era un hombre mayor, el cual estaba con ropa gris y vieja, acompañado de un gorro amarillo algo desteñido; era canoso y tenía barba. Parecía un brujo. Fui hacia adentro de la casa con curiosidad; nunca había visto a ese hombre, y mi mamá no era de hablar mucho con personas a no ser que fueran familiares o conocidos. Este era un desconocido, totalmente. Cuando entró, me coloqué detrás de mi madre y vi cómo el hombre miraba la hierba mate que estaba encima de la mesa. El extraño me dedicó una pequeña sonrisa como forma de saludo, actuaba muy amable.

Mi mamá lo miraba de arriba a abajo con suma desconfianza; el hombre se sacó el gorro de lana y se lo puso en el pecho agachando la cabeza como si estuviera buscando las palabras para después volver a mirar a mi madre.

—Hola señora; quería saber si le gustaría que le ayude con la leña.

Mi mamá alzó una ceja, dando a entender que no le gustaba mucho la idea.

—No, lo puedo hacer yo, gracias. No quiero pagar por algo que puedo hacer.

Puede irse —dijo cortante, como era de esperarse.

—¡Es gratis!, no quiero plata, señora —le explicó con un tono amable.

—¿Ah? ¿Es en serio?

—¡Claro que sí!

—Bueno, como quiera.

El hombre salió al patio, se fue a la bodega en donde estaba la leña y con el hacha empezó a picarla. Mientras él trabajaba, mi mamá se hizo otra taza de café, ya que ella tomaba mucho. Yo, para pasar el rato, me quedé en la mesa comiendo uno de los panes que se encontraban encima.

Fui hacia afuera para ver al hombre, y él seguía trabajando. No parecía muy cansado, aunque ya habían pasado dos horas desde que había empezado. Realmente era mucha leña, no entiendo aún por qué no pidió dinero. Volví a la casa y vi a mamá mirando al hombre por la ventana; lo más seguro es que lo haya estado vigilando para que no se robara ningún animal. Mi mamá no confiaba en las personas.

El hombre había terminado, sonrió y dio un gran suspiro, se acercó a una ventana de la casa y dio unos golpecitos para que mi mamá la abriera, a lo que ella atendió.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre, con un tono seco.

—¿Me puedo tomar un mate?, cuando entré me fijé en que encima de su mesa tenía hierba —preguntó con una sonrisa amable en su viejo rostro.

Mi mamá se enojó al escuchar eso; golpeó la mejilla del hombre violentamente, haciendo que el extraño diera un paso atrás.

—¡Yo no le daré nada! ¡Absolutamente nada! ¿¡Piensa que por picarme unos cuantos palos le voy a dar algo!? ¡Usted mismo dijo que esto era gratis! ¡Lárguese de acá!

Miré la escena desde lejos, sintiendo pena por el pobre viejo. No era más que un campesino, o eso creía, hasta ese entonces.

—¡Maldita! ¡Usted me las pagará! ¡La maldigo, la maldigo! ¡Se va a arrepentir! ¡La maldigo, la maldigo, la maldigo! ¡Usted pagará! ¡Se va a morir de tanto café! ¡Dígale adiós a su corazón tan malagradecido! ¡Yo la maldigo!

El extraño se fue sin decir ni una sola palabra más. Mi mamá solo suspiró con pesadez y volvió a tomar café, para calmarse. Mientras tanto, yo me fui a jugar con las gallinas.

Pasaron dos semanas, mi madre fue al hospital por un malestar repentino y le descubrieron problemas graves en su corazón. Finalmente, ella murió al poco tiempo, y en su lecho de muerte recordó las palabras de ese extraño hombre, dudando de su real procedencia. Estaba segura de que era un brujo, que puso a prueba su bondad. Lamentablemente, ella no supo reaccionar bien. Antes de morir, se tomó su último café.

Catalina Nahuin
13 años
Castro

Mención especial del jurado